

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA
DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

DIRECTOR, JUSTO A. FACIO — ADMINISTRADOR, VÍCTOR POLINARIS

EDITORES: IMPRENTA ALSINA, MURRAY Y Cía.

AÑO VIII

25 DE ENERO DE 1914

Núm. 103

La garza

Es un copo de sedas y de nieve
que taja el aire con tranquilo vuelo;
es un jirón de nube bajo el cielo,
y finge adioses si las alas mueve.

Oye las notas de la espuma breve
que moja con amor el terciopelo
de su pluma. Es un nítido asfodelo,
magnolia del remanso, o lirio leve.

Yo lo he visto copiado en los cristales
del ledó manantial de la barranca,
allá junto a melódicos juncales;

Cuando del río silencioso arranca
en busca de otros predios tropicales,
simula el vuelo de una estrofa blanca.

Estímaco Chavarría

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

JUSTO A. FACIO

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA & MURRAY Y CÍA.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR POLINARIS

CONDICIONES:

Número suelto c 0-25

Suscripción por un mes 0-50

„ „ trimestre (adelantado) 1-25

Número atrasado 0-40

Para Centro América los mismos precios.

Para el Extranjero,

el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)

AVISOS. PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

La garza	LISÍMACO CHAVARRÍA	El acto de Pierre Loti	LUIS BONAFoux
Avatar	LUIS CASERO S.	Quién soy	DANIEL UREÑA
Neurastenia	J. RODRÍGUEZ CERNA	Los entregados	FABIO BAUDRIT
Traducciones	ALCEO HAZERA	El Presbítero don Juan Carita	GASTÓN DE SILVA
Una elegía humilde	CARMEN LIRA	Mi canto	FRAY JUAN
Elegía humilde (<i>paráfrasis</i>)	JOSÉ M ^o ZELEDÓN	Pérez Galdós	
Parábola del lupanar	JOSÉ FABIO GARNIER	La envidia	ALFONSO DAUDET
Letras salvadoreñas		Notas	

GRABADOS

Srta. Emilia Jiménez Guardia.—Lita Chaverri.—Avenida de las damas.—Calle de la Sabana.—Costa Rica pintoresca: Guardas de Hacienda cruzando el río Toro Ama-

rillo, Catarata de Orosí.—Finca de don Juan J. Montealegre en Herrán.—Prabo. Juan Carita.—El último retrato de Pérez Galdós.

Avatar

Fué en el tranvía. Aquella tarde iba yo para Guadalupe y frente a mí estaban sentados Juan, el viejo vendedor de frutas en el Mercado, y su hija Silvia, preciosa muchacha de unos diecisiete años de edad y que tiene en sus ojos toda la luz de nuestros soles tropicales y en sus mejillas toda la frescura y colores de nuestros duraznos.

Juan, con las alforjas repletas de comestibles descansando en sus rodillas, oía de su hija los chistes ocurri-

dos durante las ventas del día en su tramo.

El tranvía se detuvo. Entró en el carro y tomó asiento frente a la pareja un cincuentón, de aspecto melancólico, que, al ver a Silvia, noté que había sido vivamente impresionado. Conteniendo su emoción, aquel hombre acariciaba con la mirada a Silvia y parecía que cada detalle observado reanimaba en su memoria algún recuerdo, doloroso, quizá, o muy querido.

La muchacha llegó a inquietarse

con la insistencia de aquel examen, y, con gesto asustadizo y palabras entrecortadas dijo a su padre:

—Papá, papá (tirándole de una manga de la chaqueta), ¿quién es ese hombre que me mira tanto?

—¿Cuál?, hija.

—Ese que te queda un poco al frente.

Volteó a ver el viejo y de pronto gritó:

—¡Hola, Joaquín! ¿Qué te habías hecho? Pero, ¿tú eres Joaquín Bendaña?

—Sí, el mismo.

—¡Qué cambiado estás, hombre!

—¿Me encuentras?

—Oye. Cómo te ha gustado la muchacha. ¡Ah, ya, ya...! ¿Verdad que es el mismo retrato de su madre?

—Sí, Juan; he estado viéndola, y recordando a Rosa, a mi juventud, a mis amores, a la dicha de mi vida... que se fué... que se fué...

—Hombre, Joaquín. La verdad te digo: mejor hubiera sido que Rosa se hubiera casado contigo, porque en realidad era a ti a quien únicamente quería. Yo me enamoré de ella y, como era rico, ya recordarás que sus padres fueron quienes la obligaron a admitirme como esposo.

Llorando llegó al altar. Te lo cuento, porque tal vez no lo sepas. Como hiciste la tontería de irte del pueblo y no dejarte ver más...

Y de esto hace veinticinco años. ¿No es verdad?

—Poco faltará para completarlos. Y... díme, Juan, ¿me recordaba siquiera Rosa, como un amigo que la quiso?

—Hombre, eso no lo sé. Durante el tiempo que estubo conmigo—pues ya tiene cuatro años de muerta—siempre estubo triste. Tu nombre no se le oyó. Jamás una alegría, ni aun cuando nacieron sus hijas. Porque tengo tres, y ésta que ves aquí es la mayor; te la presento.

Silvia, que había estado escuchando la conversación de su padre llegó a interesarse por aquel hombre y preguntó:

—¿Este señor fué novio de mamá?

—Sí, hija. Y se iba a casar, cuando me metí de por medio y... díme, Joaquín ¿por qué no volviste al barrio?

—Porque... quería demasiado a Rosa para volver.

El tranvía se detuvo. Joaquín bajó después de haberse despedido y Silvia, con la frente pegada al vidrio de una de las ventanillas del carro, siguió a aquel hombre hasta perderle de vista. Cuando volvió el rostro, una lágrima rodó de sus ojos hasta su corpiño, como buscando el corazón.

—¿Lloras?, hija—le preguntó Juan.

—No; es mi madre.

Luis Castro Saborío

Neurastenia

La complejidad del alma moderna la hace cada día más sutil, más dolorosa, más llena de necesidades, que no derivan de la naturaleza misma de las cosas sino de un estado de morbosidad enfermiza. El progreso nos hace vivir demasiado aprisa: apenas tenemos tiempo para aspirar los mortales perfumes de esta inmensa flor de la civilización contemporánea.

La sencillez primitiva ha desaparecido: en vez de fuerza, tenemos neu-

rastenia. El hombre actual necesita del ensueño de la morfina y de la espuela del alcohol: es un manojo de nervios al descubierto, que vibran al más leve contacto del viento. Mientras tanto el árabe, en sencillez bíblica, sostiene sus energías con los cálidos soplos del desierto, un puñado de dátiles y un odre de agua fresca. Tal así en otros tiempos coexistía el germano de alma virgen en medio de las selvas, al lado de los enloquecidos Cé-

sares de la púrpura, de las orgías y del circo.

La literatura, esta literatura que nos envejece de pensamiento y de corazón ¿es la generadora de este intenso vivir o es una resultante? Ya la crítica científica nos ha enseñado que es recíproca la influencia: el escritor toma sus elementos del medio en que vive y está constantemente influido por él; a su vez, purifica, quinta esencia la materia primitiva y la ofrece al pueblo en la maravillosa cristalería del estilo. No de otra manera la corriente polar y la del Golfo se encuentran en Terranova y en el punto de conjunción deposita cada una su propio sedimento; no de otra manera el iris es el encuentro del rayo del sol con la gota de agua.

La actual literatura nos hace sufrir: estamos enfermos de literatura. El esfuerzo es demasiado intenso, y la tensión nerviosa en que vivimos llega al dolor. Los poetas, los novelistas, demasiado sutiles, demasiado crueles, no nos ofrecen la linfa refrescante, sino el ajeno que lleva visiones al cerebro y fuego a las entrañas. Un soplo de tristeza fatal arranca un largo sollozo a las grandes almas enfermas. Oid: es Hugo que cree en la justicia y no la encuentra; es de Musset que nos da a beber su propia sangre; es Gautier que nos fatiga con su opulento colorido; es Baudelaire que nos ofrece todas las flores malditas de la embriaguez y del satanismo; es Flaubert que gime y Julio de Goncourt que muere por adelgazar el estilo; es Heine que no se consuela del dolor de ser judío ni de la tristeza de ser genio; es Byron que llena Europa con sus imprecaciones magníficas y Percy Shelley que nos adormece con sus vagos sueños; es el fuerte Zola que nos lleva al pantano y el fino Catulle que nos conduce al *boit-doir*; es Dostoiewsky que nos hace temblar de emoción en el mundo del crimen y Poe que nos enloquece en el pálido imperio del alcohol; es Lorrain que nos desequilibra con sus héroes de boulevard; es Eça de Queiroz, el incomparable, que corre el velo de la imbecilidad humana.

Y la frase se incendia como una flor de fuego, se dobla como una delicada lámina de oro, se derrama como pedrería de milagrosa belleza. Se pule, se cincela, se hace centellar el idioma en una irisación de resplandores. La palabra se torna mármol, rubí, diamante. El culto á la forma llega a la exasperación. Y esta literatura es como una gruta de prodigios en la que, al fulgor de una luz sobrenatural, vemos todas las maravillas, y de la cual salimos deslumbrados, pero llenos de angustia y de fatiga.

El cansancio nervioso nos aniquila: es ya demasiado esfuerzo. Es necesario dejar esta mesa en que ríe el champagne en el bacarat y volver a la paz campesina, llena de la tranquilidad de los cielos y de la frescura de los campos. Sigamos, en los valles eglógicos, los amores de Dafnis y de Cloe y la peregrinación del caballero que, en defensa del ideal escarnecido, derrota ejércitos y decapita gigantes.

Dejemos de pensar... Hagamos a un lado la belleza y la verdad, que nos proporcionan los más elevados placeres, pero también los más profundos dolores. Volvamos a esas extraordinarias aventuras en que el interés sostenido, sin presentar ni resolver problemas, nos llevan de prodigio en prodigio por los risueñas alcázares de la fantasía. Refugiémonos de cuando en cuando en esos oasis de descanso.

Toquemos en los días de invierno, cuando «teje sus hilos la araña gris del aburrimiento», a la puerta del alcázar del viejo Dumas, lleno del estruendo de los mosquetes y de las espadas. Allí tomaremos un vaso de vino con los Cuarenta y Cinco y abrazaremos a Enrique IV. Allí escucharemos las fanfarronerías gasconas del eternamente simpático d'Artagnan; se nos narrará, al calor del hogar, las inauditas sutilezas y los estupendos cintarazos de los tres mosqueteros contra las asechanzas de aquel diablo de Richelieu; encontraremos a nuestros antiguos amigos en el bello mundo del valor y de la galantería; veremos a Cagliostro leer lo porvenir en una copa de agua, sufrir al carde-

nal de Rohan en sus imposibles amores y a Rousseau sembrar los gérmenes de su filosofía en el alma de Gilberto; nos bañaremos de sangre con Angel Pitou en la toma de la Bastilla; y lloraremos el suicidio del Caballero

de Casa Roja al pie del cadalso en que la cabeza de María Antonieta rodó a los pies de la Revolución.....

José Rodríguez Cerna



SRTA. LITA CHAVERRI,

bachiller del Liceo de Heredia, distinguida estudiante
de la Escuela de Farmacia.

Orgueil

Mon indomptable orgueil est l'arme de ma vie,
 La pierre de mon œuvre et l'ancre de ma foi
 Il est plus fort qu' un roc et plus puissant qu' un roi,
 Et trop dur pour le temps et trop haut pour l'envie.
 Je ne reconnais pas d'autre loi que sa loi.
 La douleur peut frapper, c'est moi qui l'en convie!
 J'irai, sans que jamais j'hésite ou je dévie;
 Je veux ce que je veux, et je m' appelle Moi!
 C'est en vain que la haine attendrait pour salaire
 Un mot de ma faiblesse, un cri de ma colère:
 Ce qui part de si bas n'a pas un si haut prix.
 Des sommets où je suis, c'est un bruit dans l'espace:
 J'entends et je souris, je me tais ou je passe;
 Mon rire a nom dédain; mon silence, mépris.

Edouard Pailleron

Orgullo

Esgrimo mi indomable orgullo como lanza,
 es mi piedra angular y el ancla en que reposo,
 más fuerte que una roca, que un rey más poderoso,
 ni el tiempo lo conmueve ni la envidia lo alcanza.
 No me rige en la vida más norma que su ley.
 Puede herir el dolor, que yo lo desafío!
 Iré sin titubeo, flaqueza ni desvío,
 pues quiero lo que quiero, y soy mi propio Rey!
 En vano espere el odio en pago de su afán,
 un grito de mi cólera, un gesto, un ademán:
 lo que del cielo sube no alcanza ese alto precio.
 De la cima en que estoy, es cual rumor mezquino:
 oigo y sonrío, callo y sigo mi camino,
 mi sonrisa es desdén, mi silencio, desprecio.

La Pluie

Oh! la pluie! oh! la pluie! oh! les lentes traînées
 De fils d'eau qu'on dévide aux fuseaux noirs du Temps
 Et qui semblent mouillés aux larmes des années!
 Oh! la pluie! oh! l'automne! oh! les soirs attristants!
 Oh! la pluie! oh! la pluie! oh! les lentes traînées!

Qui dira la douleur sombre du firmament,
 Route de cimetière avec d'horribles voiles
 Où les nuages vont élégiaquement,
 Corbillards cahotant des cadavres d'étoiles,
 Qui dira la douleur sombre du firmament?

Dans le deuil, dans le noir et le vide des rues,
La pluie; elle s'égoutte à travers nos remords
Comme les pleurs muets des choses disparues,
Comme les pleurs tombant de l'œil fermé des morts,
Dans le deuil, dans le noir et le vide des rues!

La pluie est un filet pour nos rêves anciens!
Et, dans ses mailles d'eau qui leur font prisonnières
Les ailes, ces divins oiseaux musiciens
Meurent très longuement d'un regret de lumières.
La pluie est un filet pour nos rêves anciens!

Comme un drapeau mouillé qui pend contre sa hampe,
Notre âme, quand la pluie éveille ses douleurs,
Quand la pluie, en hiver, la pénètre et la trempe,
Notre âme, elle n'est plus qu'un haillon sans couleurs,
Comme un drapeau mouillé qui pend contre sa hampe.

Georges Rodenbach

La lluvia

Oh! la lluvia! oh! la lluvia! oh! los lentos regueros
de hebras de agua en los husos del tiempo devanadas
que parecen mojadas de los siglos enteros,
en el llanto. Oh las tardes de otoño desoladas!
Oh! la lluvia! oh! la lluvia! oh! los lentos regueros!

¿Quién dirá del dolor que en el cielo se siente,
calle de camposanto batida por los vientos
do las nubes avanzan elegiacamente,
arrastrando cadáveres de estrellas macilentos,
quién dirá del dolor que en los cielos se siente?

En el duelo, en lo oscuro de las calles dormidas,
la lluvia! ella se infiltra del alma en los desiertos,
como el llanto de cosas ya desaparecidas,
como el llanto que vierten los ojos de los muertos,
en el duelo, en lo oscuro de las calles dormidas!

La lluvia es una red para nuestros ensueños!
Y entre las mallas de agua que a sus alas se adhieren,
esas divinas aves, en sus vanos empeños,
nostálgicas de luz, lentamente se mueren.
La lluvia es una red para nuestros ensueños!

Cual bandera mojada que contra el asta pende,
nuestra alma, si la lluvia despierta sus dolores,
si la lluvia en invierno la penetra y la hiende;
nuestra alma ya no es más que harapo sin colores,
cual bandera mojada que contra el asta pende.

Traducciones de ALCEO HAZERA

Una elegía humilde

Es un pequeño cementerio casi alegre. Su vista no ensombrece nuestra frente con ideas tristes, sino que se piensa dulcemente en la muerte.

Allí descansan todos los campesinos que han muerto en el valle: los viejos, los jóvenes y los niños. Dan deseos de morir en aquel valle, para transformarse como los sencillos aldeanos en manojos de hierba fresca y verde, en margaritas de centro de oro y en escaramujos de flores humildes.

El pequeño cementerio queda al pie de la montaña llena de rumores y a la orilla del río cantador.

* * *

En la estación de las lluvias el río se sale de madre y pasa murmurando sobre algunos de los sencillos túmulos. En su seno lleva entonces parte de la tierra en la que se deshacen los cuerpos de aquellos campesinos, muchos de los cuales no traspusieron nunca la cumbre de sus montañas; pero el polvo que los formó irá al océano inmenso... muy lejos del quieto pueblecillo que los vio nacer y dormirse para nunca despertar.

Extraño destino! La muerte, que siempre despierta idea de descanso, será para algunos de aquellos aldeanos tranquilos, inquieta y agitada como no lo fué nunca su vida!

* * *

De entre la hierba siempre verde emergen las cruces de madera pintada, pero no parecen símbolos lúgubres: tienen más bien un aire gracioso, adornadas con el escaramujo florecido casi todo el año y que sube por ellas abrazándolas cariñosamente.

¿Por qué se piensa al ver el pequeño cementerio que allí sólo hay niños enterrados? Sí, porque fueron como de niño los corazones de los candorosos

campesinos que llevaron allí ajenos pies.

* * *

Siempre esos muertos están arrullados por el canto cristalino del río y por la voz profunda que el viento trae de la montaña.

Debe ser como estar dormido en el regazo de una madre joven, que canta velando nuestro sueño.

* * *

Por las mañanas amanece la hierba del valle blanqueando de escarcha, y es la escarcha que brilla en la hierba del cementerio la que primero se deshace al beso del sol, y de allí suben también los primeros blancos copos de vapor de todo el valle hacia el azul intenso de los cielos.

Y cuando la tarde se apaga lentamente hay una melancolía infinita en aquel rincón, en donde los rosales silvestres florecen abrazados a las cruces. Las copas de los lentiscos que protegen la empalizada se vuelven luminosas... y cada una de sus hojitas es una lengua que canta una melodía triste. En la música del río y en la voz grave que baja de la montaña y que parece viniera de un órgano, hay un tono más quejumbroso y tierno.

Nunca como entonces me ha parecido más deliciosa la sensación de ver encenderse las estrellas bajo el azul verdoso del cielo: ahora una aquí, luego otra más allá... ¿Qué mano femenina, blanca con blancura de luna, de largos y finos dedos, es la que va encendiendo esos dulces y pensativos luceros?

Los vencejos pasan volando y con la punta de sus alas rozan la tierra que cubre los muertos y luego se remontan gorjeadores. A la música del río y de la montaña se une la melodía de los lentiscos, el gorjeo de los ven-

cejos y la voz serena de las campanas, que llama al hombre a meditar.

* * *

Frente al pequeño cementerio, separada de él tan sólo por el camino polvoriento, queda la blanca y risueña casa de Sebastián, el viejo campesino. El jardín que se abre a su entrada siempre está de fiesta, ya con sus pervincas de colores, con sus margaritas de nieve y oro y con sus *mtramelindos* de seda. Sobre la *cerca* de piedra hay también un escaramujo que la adorna con sus hojas y sus flores. Seguramente la callada vecindad de la cual la separa no más el camino, lo regaló ha tiempo el *hijito* de rosal silvestre que ya tantas veces ha deshojado sus cosechas sobre la *cerca* de piedra.

* * *

Desde el corredor se ve la tumba bajo la cual se fué a dormir Jacinta, la esposa de Sebastián. Queda al abrigo de las avenidas del río.

Cuando murió era todavía muy joven. Quedaron cinco hijos pequeños, el menor de los cuales está ya para casarse.

Dulce sueño el de Jacinta! Frente a su casita queda su tumba y desde ella seguramente oyó crecer a sus hijos. ¿Y acaso no los vió crecer también? ¿No fueron sus amorosas pupilas color violeta las que asomaron bien pronto a flor de tierra, en los pétalos de las lindas florecillas que salieron del sitio en que reposa su cabeza? No se cansa la plantita de renovarse y de cubrirse de pétalos de color violado.

Sobre su túmulo iban a jugar en las tardes sus hijos.

¡Con qué confianza apoyaba en la cruz blanca, Pascualillo el más chico, su cabeza infantil, que parecía en lo rubia y alborotada un panal de dorada miel! Lo hacía como si lo hubiera hecho en el hombro de su madre.

Maximina se revolcaba sobre el césped mullido que cubría la tumba; la niña levantaba al aire sus piernecillas regordetas o escondía su carita

risueña entre el césped, lo mismo que si jugara en el regazo materno.

Las carcajadas de todos, llenaban de alegría el pequeño cementerio: los buenos muertos debían sonreír benigneamente al oírlos.

Los mayores cortaban las rosas que adornaban la cruz. Y este rosal bebía el carmín de sus pétalos en el corazón de la madre, bajo el sitio en que Sebastián había cruzado sus manos, aquellas manos que tantas veces se posaron llenas de amor sobre las cabezas de sus pequeños: que aun muerta, seguía siendo su corazón fuente de ternura que teñía de rosa las flores que habían de recrear los ojos de sus hijos. Hacían los chiquillos ramilletes con ellas y las colocaban en un vaso ante el altarcito que para la virgen tenían en casa y frente al cual se arrodillaban cada noche a rezar el rosario. Y entonces parecía que la ternura de la muerta campesina sonreía en los pétalos frescos, al mirar el amor que, cual una gota de miel en una flor, temblaba en las rojas bocas de sus hijos, al pedir a la virgen por «el alma de mamita».

Quién sabe qué pájaro dejó caer sobre la tumba una semilla de esa gramínea que nosotros llamamos *lágrimas de San Pedro*. Y allí germinó, y sus raíces, hundiéndose, fueron a buscar su savia entre las manos de Jacinta. Con las brillantes semillitas grises los niños se fabricaron lindas gargantillas, que acariciaron sus cuellos graciosos y de las que ellos se sentían ufanos.

Hermoso sueño el de Jacinta! No era, pues, un dulce cuento aquel que habla de una madre muerta que bajaba del cielo a dejar juguetes a sus hijos. ¿No fueron sus manos cariñosas las que fabricaron las lindas gargantillas que adornaban los cuellos de sus niños? ¡Amable sueño el de Jacinta! Si hubiera vivido no habría estado más íntimamente unida a sus hijos, que lo estaba muerta!

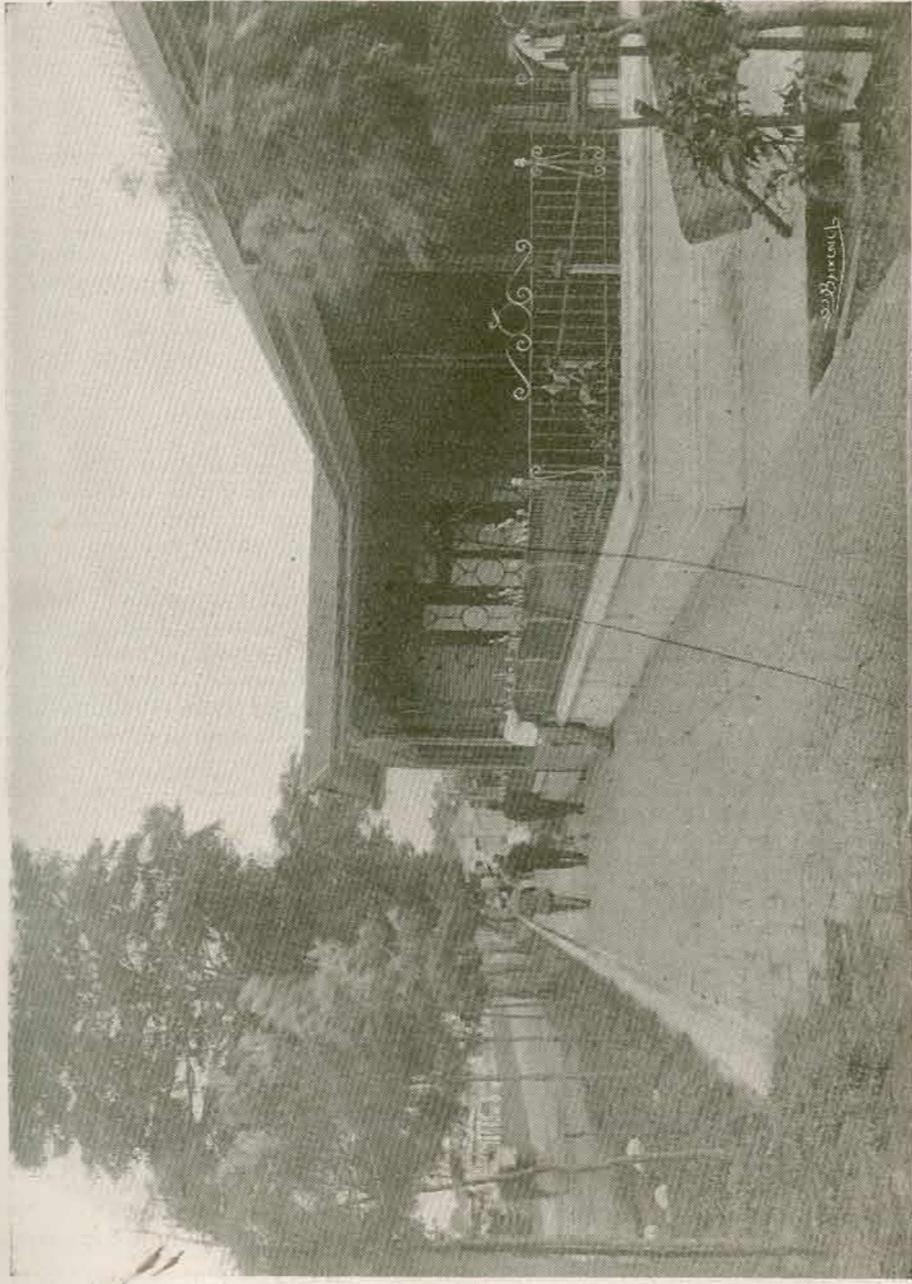
* * *

Desde la puerta de su casa el viejo campesino seguía con tristes ojos los



AVENIDA DE LAS DAMAS.—San José, Costa Rica

JOSE - ESTANISLAO
 MARIA - CONCEL
 JOSE - ESTANISLAO



CALLE DE LA SABANA.—San José, Costa Rica.

W A 1111

juegos de los chiquillos. Su corazón decía: «Sólo a tus hijos puedes aún ofrecer alegrías, Jacinta, que a mí tu muerte me dejó eternamente lleno de dolor!...»

* *

Hasta la hermosa vaca sarda iba a meter su cabeza noblota a través de la empalizada y ramoneaba la perfumada hierba que cubría a la campesina que tantas veces acarició su lomo y apretó su ubre repleta entre los blancos dedos.

Cuando los niños bebían en sus guacalitos la leche espumosa y amarillenta, no sabían que comulgaban con el cuerpo de su madre!

¡Dulce sueño el de Jacinta, que aun muerta sabía extraer leche de su seno para ofrecerla a sus hijos!

* *

Pero ahora no son los hijos los que juegan sobre el humilde túmulo de la campesina que se fuera del mundo una mañana para dar la vida al último de ellos, al rubio Pascualillo. Son sus nietos, blancos y rosadotes como lo fueron aquellos.

Se ha renovado muchas veces el escaramujo que brotara del corazón de Jacinta, bajo sus manos cruzadas;

y no se cansa de ofrecer flores aun teñidas de rosa por la fuente inagotable de ternura que emana de lo que fué su corazón. Y ahora son sus nietos los que hacen con ellas ramilletes, se revuelcan sobre el césped mullido, de la misma manera que lo harían en el regazo de una abuelita de cabellos blancos, y llenan el recinto de la muerte con sus carcajadas que vuelan sobre las tumbas como bandadas de pájaros gorjeadores.

Cuando las lluvias comienzan, brotan todavía sobre el sitio en que estuvo la cabeza de Jacinta las florecillas color violeta, del mismo color que tenían las pupilas amorosas de la campesina. Díjrase que en el fondo de ellas tiembla una mirada llena de ternura.

Y ahora es viejo Sebastián. Sentado en la piedra que hay a la entrada de su casa, mira jugar sobre la tumba de su esposa la caterva de rubios nietecillos.

Su mirada triste y cansada es el lenguaje de su corazón, que tanto amó a Jacinta, la belleza campesina de ojos color violeta: «Ya he vivido muchos años sin tí, Jacinta, ya mis hijos no me necesitan... ¿cuándo iré a descansar a tu lado?»

Carmen Eira

Elegía humilde

Paráfrasis del bello artículo de Carmen Eira

Es el cementerio de la vieja aldea un rincón alegre bañado de sol; al pie de una enhiesta montaña blanquea, cerca de un arroyo veloz que serpea cantando a los muertos su fresca canción.

Allí duermen niños, jóvenes y viejos, todos los labriegos que el valle miró bajar de los montes, bajo los reflejos de la tarde, alegres, limpios como espejos, y segó la muerte con su negra hoz.

Este cementerio no inspira tristeza, se le mira siempre sin sentir horror; se piensa al mirarlo, con delicadeza, en los campesinos que allí su cabeza rindieron al sueño que nunca acabó.

Y dan tentaciones de morir como ellos para hallar, como ellos, la resurrección en las margaritas de pétalos bellos que bordan las tumbas, y son como sellos que pone a la vida su silvestre amor.

Cuando al recio empuje de los aguaceros
derrama sus aguas al arroyo, son
sus chorros a modo de unos mensajeros
que, al besar las tumbas, llevarán ligeros
pedazos de tierra, pedazos de amor.

¿A dónde? Al lejano mar, al mar inmenso,
al inquieto abismo del mar, cuya voz
no canta a la dulce quietud, ni al suspenso
bullir de aquel valle, de aquel valle extenso,
para el cual la vida no es sino un sopor.

Extraño destino de aquellos labriegos!
La muerte, que siempre descanso brindó,
para ellos es fuente de desasosiegos;
para ellos, que fueron como niños ciegos
y nunca salieron del quieto rincón.

Emergen, cual signos graciosos y frescos,
las cruces pintadas del limpio verbal;
y fingen las rosas en los pintorescos
brazos de las cruces, lindos arabescos
al darles su abrazo de aroma y de paz.

Parece que sólo niños enterrados
hubiera en las tumbas—¡tan frescas están!
por el fresco aliento del bosque aromados,
por el dulce acento del río arrullados,
como sobre un joven seno maternal.

Todas las mañanas la escarcha armínea
la yerba, y al beso primero del sol
se eleva en un manto de vapor que ondea,
—y el azul intenso del cielo blanquea,—
como el estandarte de una aspiración;
y cuando la tarde, con manos de seda,
diluye en las cosas su alma de arbol,
como lenguas áureas, entre la arboleda,
las hojas salmodian con voz triste y queda
una melodiosa plegaria de amor.

La música entonces, del río, que baña
de dulce tristeza la paz del lugar,
con limpios acentos de lira acompañá
las voces soleznas que de la montaña,
como notas de órgano descendiendo van.

Nunca, como entonces, parecen tan bellas
en el cielo inmenso, que es alto jardín,
esas florecitas de luz, las estrellas;
¿qué manos gentiles de madres, en ellas
ponen el aroma de un fulgor sutil?

Frente al cementerio, de cara al camino,
risueña y blanquiza como un palomar,
alza en el ambiente puro y cristalino
de aquel solitario rincón campesino
su orgullo una casa: la de Sebastián.

Un jardín delante, que el paisaje alegra,
le da las sonrisas que en sus flores hay;
y un escaramujo tendido en la negra
quietud de la cerca de tupida piedra,
es como un regalo de la vecindad.

Desde el anchuroso corredor, la fosa
de la madre ausente del hogar se ve:
desde ella Jacinta, la madre amorosa,
mira complacida la paz venturosa
que reina en su casa. ¿No la había de ver
si fueron sus ojos color de violeta
las flores que vimos muy luego asomar,
como con urgencias de un ansia secreta,
sobre el montoncillo de tierra discreta
que dió a su cabeza dónde descansar?

Sobre aquella tumba siempre florecida
jugaron de niños, los hijos que ya
dieron nuevos brotes de amor a la vida;
como en el regazo de la madre ida
pasaron las horas en dulce cantar.
Unos, los mayores, cortaban las rosas
que en el sitio mismo donde Sebastián
cruzara las manos misericordiosas
de su amada muerta, brotaban hermosas
como suaves frases de amor maternal,
que seguían siendo para sus pequeños
música inefable de aroma y color,
en los encarnados pétalos sedefios,
cuando, como en alas de místicos sueños,
sus besos fragantes enviaban al sol.

Algún pajarillo, cantor andariego,
trajo una semilla que allí germinó
y produjo cuentas vidriosas que luego
los niños tomaron en su eterno juego
para hacer collares. Bendita misión
la de esta Jacinta, que aun muerta venía
a dar a sus niños cariño y solaz:
en las bellas rosas su amor sonreía,
y con sus amantes manos les hacía
preciosos juguetes su afecto inmortal.

Hasta la noblota vaca que pacía
la yerba aromosa de la tumba, al dar
a los pequeñuelos su leche, ofrecía
leche de aquel seno que se diluía
en todos los seres que amó por igual.

Crecieron los hijos y ahora los nietos
son los que a la tumba vienen a jugar.
¡Qué tiernos acentos, qué mimos secretos
guardan para ellos los tintes discretos
de las florecillas, entre el barandal!

Sobre el pecho amante de la campesina
las rosas no cesan nunca de mirar
con honda ternura la casa vecina
donde el compañero de su amor, cansina
la voz, aún la llama por siempre jamás.

Y el viejo, doblado por años y penas,
pone en su mirada llena de bondad
un ruego que escuchan las brisas apenas:
Jacinta, en tus manos tan suaves, tan buenas,
¿cuándo mi cabeza podrá descansar?

José María Seledón

Parábola del lupanar

En una noche de bellezas nunca vistas, el poeta buscaba motivos humanos para su inspiración. En todas las cosas trataba de percibir ruidos extraños, desconocidos para los demás hombres: escuchaba ávidamente el susurro de las hojas a quienes el viento galante les decía, al pasar, muchas cosas delicadas; aspiraba con deleite los perfumes de la noche,—esos perfumes característicos que despiden todos los objetos en las madrugadas tranquilas, que infunden, en el alma de las cosas, muchas buenas intenciones y que saturan el alma de los seres humanos que logran aspirarlos, de ideas luminosas que se transforman en líricas delicadas o en esculturas de contornos de diosa o en canciones que tienen la belleza de un ánfora colmada de esencias.

El poeta buscaba, buscaba; pero no conseguía un sólo motivo que le permitiese soltar las riendas a la cuadriga de su inteligencia: la bondad, la belleza, la fuerza y la voluptuosidad, la voluptuosidad también.

Después de errar por jardines fantásticos con estanques dormidos como conciencias de doncellas, después de caminar por senderos solitarios que se tendían a la orilla de ríos y de riachuelos tumultuosos, siempre despiertos como conciencias de seductores empedernidos, después de vagar por las calles desiertas de la vieja población, llegó a la puerta de una casa endonde la voluptuosidad tenía su templo, ante cuyo altar oficiaban bellísimas mujeres semidesnudas.

Entró, saturó su cuerpo de lascivia, cantó estrofas a la Venus Pandemia, cinceló frases armoniosas en honor de aquellas ninfas que habían conocido

el abrazo de los sátiros en las selvas umbrosas de la lujuria, besó bocas que, en su ansia de idealismo, soñó de vestales y en las que sus labios hallaron huellas de muchos otros labios impuros, recorrió con sus manos ávidas las curvaturas divinas de aquellas cortesanas, creyendo tal vez deslizarlas por los contornos inmaculados de un ensueño hermoso.

Quiso impregnarse de aquel ambiente para que la indómita voluptuosidad inspirase uno de sus cantos bellos, tal vez el canto que hacía tanto tiempo dormía en el fondo de su alma y que debía llevarlo a la gloria.

Salió de aquella casa con hermosísimas frases armoniosas listas para ser engarzadas en un joyel lírico, pero al llegar a la puerta volvió los ojos a la altura y se quedó, durante un breve rato, contemplando la inmensa cúpula celeste, endonde una infinidad de ojos maliciosos lo miraban con fijeza.

Las estrellas vírgenes! Las miró con atención y con cariño, una a una, tratando de hacer resaltar en el fondo oscuro del cielo las figuras que el hombre había creído ver en las diversas constelaciones; olvidó las ideas recibidas en la casa de la voluptuosidad y entonó el más bello de sus cánticos a las estrellas vírgenes, a la dulzura de sus miradas de vestales y a la pureza de sus sonrisas luminosas.

De pie, en el umbral del lupanar, alzó su voz lírica elogiando la pureza, la virginidad, como hacen los hombres fuertes que, por encima de los abismos, buscan la manera de llegar a las alturas.

José Fabio Garnier

Letras salvadoreñas

Hace poco se ha celebrado en San Salvador el *Primer Concurso Juvenil* con que se inaugura la serie destinada a estimular las energías jóvenes en el cultivo de las bellas letras salvadoreñas. En dicho concurso inicial se trataba de premiar los dos mejores sonetos que, sobre el tema de *El Arte*, se presentaran al Jurado Calificador, integrado por literatos tan esclarecidos como los señores don Francisco Gavidia, don Manuel Alvarez Magaña y don Salvador L. Erazo. Cumplidos los trámites de antemano acorda-

dos, resultaron vencedores los sonetos firmados con los pseudónimos de *Júpiter* y *Lohengrin*, correspondientes a los señores Carlos Bustamante y Arturo H. Lara, a quienes el Jurado hizo entrega de los premios ofrecidos, que consistían, por su orden, en una pluma de oro con diploma y en un diploma de mención honorífica. Para solaz de los lectores de PANDEMÓNIUM reproducimos a continuación los sonetos premiados, que dicen así textualmente:

El Arte

Indefinible como el agua. Es gota incolora temblando en la arboleda; mezcla de sombra y luz, incierta, ignota; estela en una tenuidad de seda. Gama del ritmo, es inefable nota, cantar de cisne y suspirar de Leda; es un verso que ingenuamente brota como un fresco perfume de reseda. Esteta singular, tiene por norma trazar giros de un vuelo a toda línea, modelar los contornos de la forma. Y, poseedor del talismán de Osiris, puede — con magia lúcida, apolínea — diafanizar el esplendor del Iris!

Carlos Bustamante

(Júpiter)

El Arte

La Belleza ideal surge, insinuante, como una leve concreción de ensueño, y se define en el sutil pensante cual un bosquejo en el primer diseño. El Artista, febril y delirante, dijérase en las brumas de algún sueño, con la gestión suprema del instante que le sustrae en éxtasis risueño. Aquella inspiración que él interpreta emerge de las notas o pinceles, fuera del pentagrama o la paleta: en la forma que dieron los cincelos, o ya en la estrofa dulce del poeta con el triunfo del arte y sus laureles.

Arturo H. Lara

(Lohengrin)

El acto de Pierre Loti

«...Yo estimo que no debo a nadie ninguna reparación por haber proclamado altamente «la verdad, la innegable verdad» que otros muchos han consignado en diferentes periódicos o en Memorias oficiales, pero con menos resonancia. Acaso más tarde también los búlgaros si, como yo lo espero, se encaminan hacia costumbres más huma-

nas, saquen de mis artículos, hechos «páginas de historia», útiles materiales o reflexión, provechosos aleccionamientos. Yo desdeñaré, pues, la visita de los padrinos que se me anuncian, quedando siempre a estos señores el recurso de asesinarme, cosa fácil, puesto que salgo sin armas y sin miedo. Y me extraña que no haya ocurrido ya,

COSTA RICA PINTOESCA



GUARDAS DE HACIENDA CRUZANDO EL RIO TORO AMARILLO.—Provincia de Limón

COSTA RICA PINTORESCA



CATARATA DE OROSI —Provincia de Cartago

como me lo han avisado, en los términos más inmundos, muchos anónimos. Es todo lo que me queda que decir, y, ocurra lo que ocurra, no responderé a las injurias que reciba de Bulgaria».

Al leer estas declaraciones de la carta con que Pierre Loti ha contestado al reto del teniente Troncom, lanzado en términos de lo más injurioso, ha venido a mi recuerdo este apotegma de Laurent Tailhade:

«Necesitan un corazón poco vulgar los que no carecen en absoluto de corazón, para desdeñar el prejuicio, tan infame, que encierra el duelo. El primero de nosotros que se niegue a suscribir el uso absurdo y malvado del duelo, merecerá, por tal acto, el nombre de «hombre» y de «ciudadano» y probará el más hermoso valor, el valor civil, que, para hacer aparecer la gloria del justo, no pide fanfarrias ni banderas; el único valor que pone la bravura al servicio de la razón».

Pierre Loti ha demostrado, con su carta, que tiene ese valor, y por ello le felicitan todos los periódicos; los que aprueban el duelo como necesidad penosa de la sociedad, los que lo toleran por no sustraerse a una costumbre y los que lo rechazan por criminal y fullero; y Pierre Loti, como presintiendo esta unanimidad, termina su carta con estas palabras:

«... Je veux remercier du fond du coeur la presse de mon pays, qui m'a soutenu, sans distinction de class, avec une loyauté si unanime et si belle».

Otro recuerdo me ha venido a las mientes, y es el de los oficiales que, después de provocar a Zola, a raíz de su J'accuse, fueron a llamar, con los puños de sus espadas, a la puerta de la casa de aquel «hombre y ciudada-

no», a quien se dió por muerto, y que hoy está vivo y luminoso, en la película de los cinematógrafos, con «Germinal», vitoreado por el pueblo de París, el mismo pueblo que iba a permitir que le echasen al Sena...

Hay que romper, además, con esta costumbre insolente de que un tenientillo, invocando el nombre de la patria, se quiera subir a las barbas de un Tolstoi, de un Hugo, de un Zola, cada uno de los cuales vale, por lo menos, un ejército. Yo, en el caso de Pierre Loti, aceptaría el duelo búlgaro, más no con un teniente, sino con el Zar de Bulgaria. Claro que Pierre Loti vale inmensamente más, por todos conceptos, que Fernando de Bulgaria; pero siendo este monarca-asesino la mayor representación del país, no hay más remedio que «apencar» con él.

Otro reparo tengo que poner al gran escritor francés, y es relativo a la resignación con que se presta a que lo asesinen, advirtiendo que sale sin armas.

Mal hecho. Lo que debió advertir a esos señores es que sale con un browning y muy resuelto a incrustar una bala en el ombligo del primero que se le acerque con ánimo de agredirle.

De todos modos, la carta de Pierre Loti, digno remate de su campaña contra las atrocidades búlgaras, es un ejemplo de esos que quedan, y una lección para los espíritus pusilánimes que no se atreven a mirar de frente los prejuicios sociales, y, al prestarles obediencia por el qué dirán, contribuyen a fomentarlos.

Euis Bonafoux

Anúnciese Ud. en PANDEMONIUM, que es la Revista de más aceptación por ser la de mayor circulación en todo el país. ::::::::::::::::::::

Quien soy *

Yo soy un romero que va desangrando
por sobre las zarzas de la ingratitude,
y sigo mi marcha tan sólo escuchando
las risas grotescas de la multitud.

De amor en el alma me alumbra un destello
que se alza en el rito de mi religión:
no tengo otro culto que el culto a lo bello,
ni tengo otro templo que el del corazón.

Yo sé de las noches que no hallan aurora;
yo sé de los días enfermos de luz;
y oyendo la palma que vibra sonora,
yo sé de la gloria, que es sólo una cruz.

A un tiempo que el triunfo del necio y el falso,
yo vi la caída del hombre leal;
yo vi al inocente subir al cadalso
y libre en las calles yo vi al criminal.

Por eso es mi risa sarcástica, hiriente,
igual que la risa del pobre Arlequín;
Pierrot soy a veces que canta doliente
su pena a la luna con su bandolín.

Yo soy un romero que sube el Calvario
llevando en el alma visiones de luz;
no importa que digan que soy visionario,
si tal en la vida fué el loco Jesús.

Daniel Ureña
Daniel Ureña

* Para el prólogo de un tomo de versos.

Los entregados

El huérfano es planta desarraigada. El clásico viento de la Fortuna la empuja, y ya se conocen los resultados: o fallece con las raíces al aire antes de llegar a terreno propicio o va al pantano donde, a la larga, sus gallas alimentadas de maleza se confundirán con las florescencias del lodo; o llega al erial condenada a no prosperar jamás; o muy a menudo, las veleidades de la suerte la llevan al humus, que levanta muy alta y muy verde su poderosa copa.

Carece del amor de madre; pero eso no quiere decir que naciera sin él. Junto a la cuna, pobre o rica, del huérfano, veló quizá una mujer bella y amorosa; allí cerquita de su cuerpo apenas animado, una pareja preocupada de su dicha, tejió para la consagración de ella, flamantes coronas y adorables guirnaldas de ilusión; cabe a su almohada se hicieron los votos más ardientes por su felicidad; y si es verdad que fallecieron los más empeñosos trabajadores de su ventura, es lo cierto que los buenos pensamientos y los honorables deseos—verdaderas hadas—imprimen sobre la vida de los infantes un sello que ternura en el individuo, atrayéndole la buena sombra.

Hay una clase de hijos más desgraciada todavía.

Nacen de gentes sin corazón o de personas a quienes la miseria se lo echa a perder. Tienen madre y a menudo padre, pero son dos fuentes agotadas que nunca refrescarán su sed; en esos seres jamás vislumbrarán el cariño que endulza la existencia; no esperan de ellos una palabra que no sea la mala palabra, la dura y ofensiva grosería; de su mano no han cosechado la caricia que hace vibrar simpáticamente el tierno sistema nervioso y es propenso al suave arrobamiento con que se duermen los niños mimados en el regazo maternal; de su la-

bio no les caen besos, sino gestos de desagrado o de impaciencia.

Esos desventurados niños, indefectiblemente vienen a la vida a ser una carga insoportable; y un día u otro son *entregados* a personas desconocidas para ellos, las cuales se constituyen desde ese instante en sus amos y señores, con derecho a todo, hasta a privarlos de la existencia a veces.

Se da el caso de padres delincuentes a despecho de sus instintos honorables, en quienes ha podido más el amor por sus hijos, llevándolos a todo extremo la necesidad de conservarlos o de mantenerlos consigo. Los que pierden semejantes progenitores, no pueden menos de sentir vacío el mundo.

Quienes no comprenden, o más bien son incapaces de sentir la grandeza y desinterés del amor paterno, son por lo general gentes de baja calaña, enfermos o degenerados. Aunque no se trate de los extremos que requieren sacrificio personal, esta clase de padres desconoce ese sentimiento, lo cual se echa de ver en los detalles de a diario.

Hace más o menos un año conocieron los tribunales de un caso, tanto más repugnante cuanto que no hubo ley para castigar a dos descorazonados concubinos.

Él, tísico, neurótico, gran charlatán y nada trabajador; ella, un poco alcohólica, mujer de la vida alegre, (la llamada así por sarcasmo). Ambos, un par de vagabundos que habitaban un rancho sito dentro de un potrero de los alrededores, teniendo allí un chiquitín de ocho meses y dos perros.

Una noche, a eso de las ocho, los gritos desesperados de una criatura detuvieron a un peatón que se dirigía a Desamparados. Entró por el potrero, y, guiándose por el ruido, llegó a la choza. Tocó la puerta y sólo res-

pondieron varios ladridos. El niño seguía llorando, y notó el pasajero que estaba casi extenuado y ronco. Fué a la ventana, volvió a la puerta luego, afanoso por averiguar algo; el candaño puesto por fuera, le indicó lo que ocurría. Sin esperar más, forzó las armellas y llegó donde estaba el niño. Se hallaba el infeliz en el suelo, envuelto en asquerosos pañales, sin más cuidado entre la oscuridad, que el de la perrilla echada al lado de aquel compuesto de mal olor y de llanto.

Los padres fueron hallados a las diez de la noche en una fonda del Mercado: él discutía acaloradamente política; ella, en el interior, donde se le detuvo herida en la cara, en compañía de una *media* de aguardiente. Se constató, por el propio dicho de los procesados, que habían salido a las dos de la tarde a procurarse alimentos, «dejando a la niña arropada y durmiendo».

Se comprende que gentes así entienden hacerles un grande beneficio a sus hijos cuando los regalan. ¿A quién los entregan? A cualquiera, a quien los necesite, al que primero los pida. Cuando mucho se preocupan, los llevan de preferencia al que tenga mayores comodidades materiales.

Autorizaba nuestra vieja legislación la adopción de hijos; pero, cuánta diferencia! El adoptante entregaba su nombre al adoptivo y el patrimonio lo heredaba en ciertas condiciones; se establecía parentesco legal entre ellos, había, pues, un antecedente de cariño y una consecuencia patrimonial, como en todo lazo de familia.

Los entregados de ahora son, en cambio, como los esclavos antiguos, como los animales de trabajo actuales: nos pertenecen para explotarlos y nada más.

Hace poco, una consulta lastimosa llegó a mi despacho de abogado.

Un artesano que trabajaba en casa de cierta viuda a la moda, vino demudado: quería saber si un extraño puede, por humanidad, contar con la policía en bien de unos menores a quienes aquella individua atormentaba con crueldad refinada.

Las víctimas son hombre y mujer y pertenecen a una familia honrada del campo, cuyo jefe ha muerto hace poco. La madre se cree lejanamente emparentada con la severa a la vez que casquivana viuda, y sabiendo que le sobra dinero y vive, a lo menos para los campesinos, con deslumbradora holganza, llegó a ella un sábado y le propuso que *le tomara* la parejita.

—Sí los dejo—respondió la potentada—pero ha de ser para siempre y con escritura.

Hay notarios que autorizan estas entregas y llenan el acta de renunciaciones y de compromisos sin cuento. Se dan casos en que figuran en ella los funcionarios de policía y aun los gobernadores. Por supuesto, creen que, prestándose a una piadosa comedia, están sirviendo los intereses de la humanidad desvalida.

El artesano aseguraba que los dos chicos le pertenecían a su ama por escritura, con la autoridad del Gobernador de por medio. Por mi parte, lo ignoro.

Pero de lo que estoy cierto es de que la dueña de los muchachos los trataba peor que a esclavos: en el interior de la casa no se les hablaba sino para ordenarles algo, y todo error o atraso, lo satisfacían a chilillazos. Al efecto, la señora llevaba siempre una disciplina de danto colgada a la cintura.

El reglamento de mandados era tan estricto que a cada salida por las calles se le asignaba un minuto preciso de regreso, calculado por el ama, y guay si el pobre entregado se extralimitaba!

Una mañana la niña halló a su propia madre y se entretuvo con ella un cuarto de hora. Al entrar lo padecieron las orejas; llevada casi colgando a la cocina, fue arrojada contra los hierros recalentados, donde sufrió dos graves quemaduras.

Levantarse, tenían que hacerlo por reloj despertador; en cuanto a recogerse, obedecían la voz generalmente trasnochada de aquella ave nocturna.

No hay que negar que los chicos tenían a veces exparcimientos; días de capricho en que salían en coche o

a pie acompañando a su señora; de cuando en cuando, estreno de ropas y hasta grandes muestras de libertad, con asistencia al teatro; pero en general lo pasaban entregados a los oficios de la casa, sin descansar ni un momento.

Correlativamente a esos padres descastados, se dan familias avarientas que mantienen su posición con el menor gasto posible: se proveen de servicio fijo y barato admitiendo *entregados* y haciéndoles descontar con creces el valor de la mala comida y el peor vestido que les suministran. Señoras que sobresalen por sus buenos sentimientos, miembros distinguidos de asambleas de caridad y hasta de protección a la niñez desamparada, se convierten en sus casas, frente a los servidores, en verdugos desalmados; especialmente hay piadosas damas, católicas, practicantes ostensibles de su alta devoción, que caen en esos escollos, movidas, a lo que aseguran, del cuidado que las asiste por la salud espiritual de quienes les han sido confiados.

Cuando el obrero se atrevió a interrogar a la patrona, ella le contestó con más audacia que naturalidad:

—La gran responsabilidad que tengo por la educación de esas criaturas me obliga a no tolerarles nada:—no quiero yo ir a quemar en el Infierno pecados ajenos.

—Si, señora, está bueno; pero es que hoy la he visto pegar tres veces al muchacho y una a la niña, y a aquel con tanta ceguedad, que, ya lo ve Ud.,

tiene dañado un ojo. Le aseguro que cuando escuchaba el látigo y había contado veinticinco estallidos con los consiguientes gritos.....

Naturalmente, aquella indebida intervención irritó a la dueña del trabajo, y se fue el intruso a la calle.

Éste me decía más tarde:

—Aseguro a Ud. que nunca he visto mujer más tirana: por medio de unas argollas que llama su «cepo de campaña», hace del mozuelo un nudo y le da a bulto, peor que a un animal.

A estas horas los dos chicos huyeron de la casa y están refugiados donde otros parientes menos inhumanos.

No deja de maravillar que aun se consigan abundantes ejemplares de padres que, con entregar a sus hijos, creen haber llenado su misión, y que los desatienden luego de tal manera que no se vuelven a ocupar más nunca por saber si viven o han muerto, y sobre todo, cómo los tratan. Conozco personas que han perdido hasta el recuerdo de su paternidad y miran a sus *antiguos hijos* como extraños; e hijos también, que reciben con irritación el recuerdo que se les haga de sus *viejos padres*.

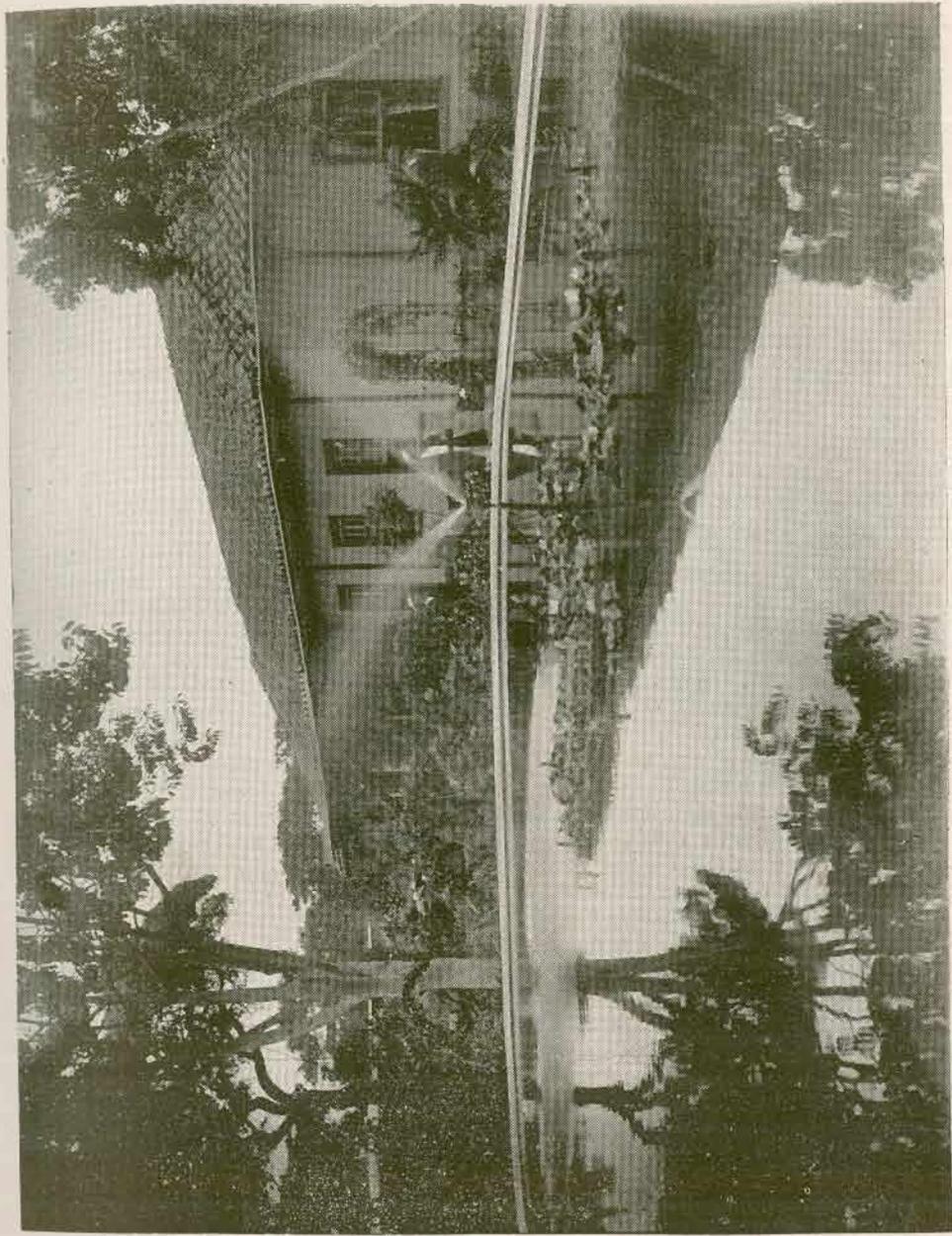
Hay que convenir en que no han muerto del todo en nuestra sociedad, de un lado el servilismo de la esclavitud, que no cuenta cien años de abolida, y de otro el espíritu de altanería, arrogante e inhumana, que se remonta a los olvidados señores de horca y cuchillo.

Jabio Baudrit

Agentes de PANDEMONIUM

Cartago.....	Juan Brenes Avendaño	Poás.....	Maurilio Murillo E.
Heredia.....	Federico Carlin G.	Tilarán.....	Cecilio Carranza
Alajuela.....	Calvo Fernández y Cía.	Escasú.....	Arturo Solano
Puntarenas.....	Arturo Guevara	Guápiles.....	J. L. Sancho
Limón.....	A. Cámara	Turrialba.....	José M. García
Sto. Domingo Heredia.	Manuel Zamora V.	Capellades.....	Jesús Mata G.
Grecia.....	Alejandro Sancho I.	Tierra Blanca.....	Benjamín Gómez M.
Juan Viñas.....	J. Marín Pérez	San Pedro del Mojón.	Domingo Monge
Puriscal.....	Abel Castro E.	Pacayas.....	Roberto Amador M.

Para los demás pueblos de la República que no aparecen en la presente lista, solicitamos Agentes.



FINCA DE DON JUAN J. MONTEALEGRE EN HERRAN. — COSTA RICA

El Presbítero don Juan Garita

El 18 del mes en curso dejó de existir en Tierra Blanca, provincia de Cartago, este eximio varón costarricense. El Padre Garita supo distinguirse por varios aspectos: fué un tipo de verdadero y ejemplar sacerdote cristiano: jamás especuló con los medios que a su alcance ponía el alto ministerio de que estaba investido; antes que adquirir con expedientes mercenarios los recursos que para subsistir había menester, prefería emplear sus manos consagradas en todos aquellos ejercicios manuales, siempre ennobecedores, después de todo, con que humildemente se ganan la subsistencia los hijos del pueblo, fecundadores incansables del terruño, que ellos hacen sagrado con el bautismo de su sudor.

En Heredia lo vimos cogiendo café, alegremente, en la época durante la cual se hace la recolección del grano, allí, junto con los campesinos de manos endurecidas, él, cuyas manos, educadas para elevar la hostia, debían tener suavidades lustrales. En Piedras Negras lo vimos arando, con bueyes aquilones, que él guiaba, un corto predio destinado a la siembra de maíz y de cuyo rendimiento debía sacar su subsistencia, amén del esquilmo. Pero en medio de esta pobreza dignificada por el trabajo, la casa del padre Garita estaba siempre abierta para todos los necesitados del lugar, y en ella no le faltó nunca un plato de frijoles al menesteroso que había hambre. De Santa Ana lo vimos salir una vez para San Pablo del Puriscal, a donde se le enviaba de Cura, seguido de todos los infelices que en su casa habían encontrado refugio, pan y afecto. Aquello parecía una banda de gitanos que reanudaba su éxodo interminable. San Pablo del Puriscal es un caserío misérrimo; sin embargo, el Padre Garita logró levantar allí, a fuerza de cuestaciones, una casa cural, si sencilla, decente y cómoda.

Sobre la sinceridad espinosa de sus creencias se abría espléndidamente la flor de la tolerancia, no sólo porque su concepto del cristianismo cobijaba bajo un velo de amor fraternal a todos los humanos, sino también porque el Padre Garita era hombre de cultura a la moderna. Desgraciadamente, debilidades inconcebibles en un hombre superior lo hacían seguir costumbres estrafalarias que no podían menos de bastardear con el aire de lo ridículo su talla majestuosa de cristiano viejo. Para poner su nombre al abrigo de suspicacias injustas, digámoslo sin ambages: el padre Garita había caído en la aberración de vestir prendas de mujer bajo los largos pliegos de su negro traje talar.

El Padre Garita era bien conocido en toda la República como escritor y poeta; colaboraba con asiduidad, desde los curatos remotos y pobres a que generalmente lo enviaba el superior, en todos los periódicos y revistas que aquí existen. Firmaba casi siempre su prosa y sus versos con el seudónimo *Fray Juan*, que llegó a ser popular. Explotaba invariablemente asuntos relativos a la vida y a las costumbres del pueblo, entre el cual vivió a sus anchas, en comunicación directa y afectuosa con él. Sus artículos (cuentos, fábulas, descripciones) solían ser muy cortos y tenían casi siempre intención moral y docente, sin que, al seguir este noble propósito, cayese nunca en impertinente gazmoñería.

Alguna vez hizo versos en que reproducía el habla popular, a la manera de Aquileo Echeverría, pero en tono serio, como, a su vez, lo intentó en época reciente el autor inolvidable de *Los bueyes viejos*. Sin embargo, la cuerda que mejor pulsaba el Padre Garita era la cuerda sentimental; pero su ingenua inspiración no pasaba de ser una nota perdida del concierto grandioso que resuena confusamente en el bosque primitivo del alma popular. El Padre

Benito. Los académicos escandinavos han preferido a otro novelista.

¿A Gabriel D'Anuncio?

No.

¿A Anatole France?

Tampoco.

¿A Maurice Barrés?

Menos aún...

A un austriaco, llamado Peter Rosegger, que, o mucho me equivoco o es más admirado en Stockolmo que en el resto del mundo. Y no digo esto por mí. Yo, ignorante como el que más, no había oído nunca el nombre del nuevo laureado. Pero lo que me demuestra que la mayoría de los europeos se encuentran en el mismo caso es que, según un telegrama de Londres, los periodistas de la *city* buscan en vano algunos datos biográficos y fotografías del triunfador. En cuanto a los periodistas de París, no hay ni que decir que se hallan en el mismo caso que los de Londres.

—¿Tiene usted alguna noticia de ese Peter Rosegger?—preguntan por teléfono de redacción en redacción.

Y la respuesta es siempre igual.

—¿Peter Rosseger?... Desconocido...

El único que ha logrado encontrar los documentos necesarios para trazar una ligerísima silueta del ilustre austriaco es un repórter del *Journal des Debats*, que tuvo la buena idea de acudir al consulado de Austria.

Lo que esté feliz repórter nos dice, he lo aquí:

Peter Rosegger nació el año 1843 en Alpel, cerca de Kúeglack, en Stiria. Hijo de un humilde campesino de la montaña, trabajó primero en las labores de la tierra, ayudando a su padre. Su salud era muy frágil. A los dieciocho años no sabía sino leer y escribir, y eso gracias a un maestro de escuela de una aldea que era amigo de su familia. No pudiendo soportar las faenas agrícolas, aprendió el oficio de sastre y lo ejerció largo tiempo. A la edad de veintitrés años establecióse en Graz y asistió a los cursos de la academia comercial.

Esto es todo.

Y ya veis que esto nada nos dice ni de los versos del «gran poeta», ni

de las prosas del «gran escritor». Ni si es alemán o sloveno sabemos si quiera.

En uno de los telegramas de Stockolmo anunciando la atribución del Premio Nobel a Peter Rosegger, hay,



EL ÚLTIMO RETRATO DE PÉREZ GALDÓS

sin embargo, una frase que nos sugiere algunas luces...

«El día 12—dice—se publicará oficialmente el triunfo del fecundo cuentista y poeta popular».

Así, pues, es fecundo...

Y es popular...

¿Cómo explicarnos entonces que ni en Londres ni en París se tenga la menor noticia de su existencia, y de su labor, y de su genio?

Porque hoy, domingo, los periódicos de la tarde confiesan que nada saben del laureado austriaco. Y si mañana o pasado los cronistas comienzan a darse tono hablando de sus obras, será porque esta noche los corresponsales en Viena tendrán tal vez

cuidado de telegrafiar a las demás capitales del mundo algunos datos menos vagos que los del *Journal des Debats*.

Lo malo es que con un Peter Rosegger, después de una Selma Lagerloff y de un Paul Heise, el premio Nobel

comienza a no tener más importancia que la que conservará siempre su pingüe significación contante y sonante... Doscientos mil francos son muchos francos. Pero, fuera de eso, más necesidad tiene el premio de Galdós que Galdós del premio.—*Las Novedades*.

La envidia

Un ratón se había instalado poco a poco en el campo y se envenenó con unas cuantas rebanadas de pan untadas con mantequilla, en las que se había puesto cierta cantidad de arsénico.

Agonizaba en terribles convulsiones cuando recibió una visita.

Vivía el ratón en una antigua, lujosa y amplia habitación, cerrada por gruesas persianas, pues era la época del invierno.

El visitante, de rostro amarillento, le saludó con una amarga sonrisa:

—¡Qué bien pasáis en esta morada!

—¡Deliciosamente! exclamó suspirando el moribundo con un gesto mortal!

Sobreponiéndose al cólico, empezó a hacer los honores de la habitación;

ofreció y ostentó sus riquezas: provisiones hasta la primavera.

—¡Hermosa estancia!

—¡Soberbia! respondió el ratón al visitante, que ya había pasado de amarillo a verde, enfermo de envidia y de odio ruin.

De repente vió que el envenenado se retorció.

—¿Qué tenéis? Parece que sufrís.

—¿Yo? ¡Cómo ha de ser! ¡En lugar tan delicioso!..... ¡Pero veo que a vos os pasa lo mismo!

—¡Oh, no, querido! Alguna ligera indisposición del hígado.....

Y allí están ambos batiéndose, en cruel angustia, uno frente a otro.

Pero sucumbirá primero el envidioso: está enfermo de más grave mal.

Alfonso Daudet



El premio Carit

El Doctor don Adolfo Carit, conocido filántropo que ha invertido, puede decirse que por entero, su cuantiosa fortuna en obras benéficas de la mayor importancia social, fundó hace poco tiempo un premio anual de doscientos cincuenta colones (C 250.00) para la alumna del Hospicio de Huérfanos de esta capital que, al concluir el año lectivo, hubiera obtenido las más altas calificaciones en sus estudios

y conducta. El premio, que para la huérfana favorecida constituye una modesta dote, es entregado anualmente con la debida solemnidad. El de este año correspondió a la señorita Amelia Calderón, cuyos padres fueron don Federico Calderón y doña Estéfana Córdoba de Calderón, y que había alcanzado merecido triunfo en el Hospicio por su inteligencia, dedicación al trabajo y numerosas virtudes. El Doctor Carit, que ha asociado su nombre respetado a útiles empresas

humanitarias, ha de recoger en el curso de su vida las bendiciones de aquellas personas que, como la señorita Calderón, recibieron de su mano el óbolo generoso, a la par del estímulo que enaltece.

El Doctor Rivas Vásquez

De *El Noticiero* tomamos el siguiente suelto, cuyos conceptos hacemos en un todo nuestros: «La Directiva de la Escuela de Derecho resolvió, hace algunos meses, conceder por oposición la Cátedra de Derecho Romano, para la cual había no pocos aspirantes. Ahora sabemos que, por acuerdo unánime del tribunal calificador, la cátedra le fué concedida al ilustrado Doctor don Alejandro Rivas Vásquez, quien ya tomó posesión de su alto cargo. Felicitamos calurosamente al Doctor Rivas Vásquez por este señalado triunfo que acaba de obtener en su carrera de jurisconsulto distinguido».

Los obreros y el Centenario de Mora

El Secretario de la Confederación de Obreros de Costa Rica recibió en días pasados una comunicación del señor Delegado de la Federación de Obreros de El Salvador, don Leopoldo Valencia, en la cual éste le suplica a aquel otro poner en conocimiento de la Confederación de Obreros Costarricenses que, por instrucciones de la institución que representa, pide que, en atención a las dificultades que no permitieron reunirse en Managua el Congreso Centroamericano de Obreros, el 15 de setiembre anterior, se reúna en esta capital dicho Congreso, con motivo de la celebración del centenario del egregio patriota don Juan Rafael Mora. No tenemos noticia del resultado de esta gestión; pero si, por *causas ajenas a la voluntad de los promotores de la idea*, no llegase a realizarse, quede constancia de nuestra simpatía por la resolución que con tanta cordialidad como deferencia tomaron los obreros salvadoreños, fieles

a los sentimientos de estrecha fraternidad que unen a nuestros países.

Tierras, Mares y Cielos

Circula por tierras centroamericanas una edición de poesías escogidas del notable artista hondureño Juan Ramón Molina, bajo el mismo título que llevan las presentes líneas. Aun cuando no hemos tenido el placer de leer aquella obra póstuma, con que, según entendemos, manos piadosas y justicieras han enriquecido la bibliografía del Istmo, sabemos por referencias que ni es completa, ni deja de estar afeada por errores tipográficos. Pero, en todo caso, versos como los de Juan Ramón Molina no necesitan de los primores de una edición nítida para investir la majestad soberana de la gloria, pues ellos, como humildes cocuyos, llevan en sí luz propia y espléndida, para cuyo resplandor no son necesarias vanas apariencias. El dulce y fuerte cantor de las bellezas naturales de Honduras ha de merecernos cumplido homenaje especial, tributado desde estas columnas, una vez que su libro llegue a nuestro poder, ocasión en la cual reproduciremos, asimismo, algunas de las mejores composiciones de *Tierras, Mares y Cielos*.

Asociación de profesores

Convocados por el señor don Roberto Brenes Mesén, en su calidad de Profesor, no de Ministro, se reunió el 9 del presente mes, en el Liceo de Costa Rica, el personal docente de segunda enseñanza que reside en esta ciudad. Muy pocos profesores faltaron a la convocatoria. Tratábase de promover el establecimiento de una asociación de profesores que tuviese por fin velar por los intereses de la enseñanza en todas sus formas y por hacer más intensa, más fecunda y más activa la labor trascendental que tiene a su cargo. Expuesta con claridad y convicción por el señor Brenes Mesén, la idea fué aceptada en principio por todos los profesores presentes, cuya

adhesión a ella se hizo constar en acta de carácter provisional. En reuniones ulteriores se estudiarán y adoptarán las bases definitivas de la asociación, de que formarán parte los demás profesores de la República, invitados en su oportunidad al efecto, en calidad también de socios fundadores. El profesorado costarricense, así constituido, estará en condiciones de atender mejor a sus intereses particulares, no menos que al cumplimiento de los deberes colectivos que incumben a su alta magistratura. Desde otro punto de vista, esa importante asociación ha de ser de suma utilidad para el Estado, que en ella puede y debe ver algo así como la constitución de una Facultad Universitaria de Pedagogía, en la cual ha de buscar opinión y consejo para la acertada resolución de los problemas educativos. Sinceramente deseamos que la Asociación de Profesores sea pronto una hermosa realidad.

Conferencias Centroamericanas

El día primero del mes en curso se instaló en la ciudad de Tegucigalpa, Honduras, la sexta Conferencia Internacional Centroamericana, en virtud de los pactos existentes entre estas Repúblicas desde 1908. Las delegaciones acreditadas por los respectivos gobiernos para representarlos en la Conferencia, son las siguientes: *Por Guatemala*, Lic. R. Sánchez Ocaña. *Por El Salvador*, Dr. Manuel I. Morales. *Por Honduras*, don Fausto Dávila. *Por Nicaragua*, don Emilio Alvarez. *Por Costa Rica*, Lic. Carlos Lara, Ministro residente de la República en Guatemala. Con motivo de esta reunión diplomática ha circulado el rumor persistente de que será la de Tegucigalpa la última de las Conferencias Centroamericanas que se celebre; pero para que esa noticia resulte cierta, será necesaria una reforma de los Tratados de Washington, o la parcial derogatoria de la Convención respectiva.

Un libro histórico

Comisionados por el Gobierno de la República, los señores don Manuel de

Jesús Jiménez y don Faustino Víquez han reunido cuantos documentos inéditos referentes a las campañas nacionales del 56 y del 57 se encontraban en nuestros archivos. Cuidadosamente coleccionados, estos documentos se publicarán en un libro que se está editando en la Tipografía Nacional y que, según parece, entrará en circulación el día 8 de febrero entrante, fecha en que se cumple el primer centenario de don Juan Rafael Mora, el prócer insigne que, con clarividencia casi genial y con audacia superior a nuestros recursos, inició y organizó por aquellos días el movimiento de resistencia contra la empresa de conquista encabezada por Walker. Muy interesante ha de ser sin duda la obra anunciada para conocimiento exacto de muchos detalles relativos a la historia de aquel gran acontecimiento, el más hermoso y trascendental que se ha realizado en nuestra corta vida de pueblo libre. Con la publicación de ese libro contribuye el Gobierno a la celebración del centenario en perspectiva.

El próximo centenario

Fracasado el intento del Ateneo por celebrar el centenario de don Juan Rafael Mora, nadie parecía acordarse del ilustre padre de la independencia costarricense ni de la fecha memorable en que vino al mundo. Dichosamente, era necesario encontrar motivo para poner a volar a Mr. Tercé en el aeroplano que la munificencia pública se propone ofrecerle, y esto hizo recordar que el 8 de febrero estaba próximo y que ninguna ocasión podía ser más oportuna para proporcionarle al buen público josefino el hermoso espectáculo de aviación de que no le fué posible disfrutar en las recién pasadas fiestas, a causa del deplorable accidente que puso en peligro la vida del valiente aviador francés, y a consecuencia del cual el aparato que pilotaba quedó inservible. Don Juan Rafael Mora deberá, pues, al accidente de Mr. Tercé la celebración de su centenario. He aquí cómo la Providencia se encarga de arreglar siempre las cosas de la ma-

nera más inesperada, pero también más conveniente para todos. Contra lo que se temía, tendremos centenario y aviación.

Preparativos

Puestos en la necesidad de hacer fiestas para que el público josefino pueda admirar los vuelos de Mr. Tercé en su nuevo *deperdussin*, hanse organizado comisiones para preparar festejos de otra índole con el fin de celebrar dignamente el centenario de don Juan Rafael Mora. Cualquiera que sea el motivo de que nacen originariamente esos esfuerzos, nosotros celebramos que haya aún espíritus entusiastas capaces de emplear energía y tiempo en hacer que el 8 de febrero próximo no resulte deslucido. Con gusto anotamos, por consiguiente, que, entre otras cosas, se piensa llevar a cabo una gran velada en el Teatro Nacional y que, asimismo, se habla de organizar una procesión cívica para hacer imponente desfile ante el busto del héroe y del mártir. El busto a que aquí nos referimos es el que la familia Mora colocará el mismo 8 de febrero sobre la losa fúnebre que en el cementerío general de San José guarda los mortales despojos de su progenitor. Por nuestra parte, nosotros nos proponemos dedicar un número entero de PANDEMÓNIUM a la memoria veneranda del hombre cuya imagen es como un símbolo de la vieja patria,—augusta, bravía y libre.

Imputación original

Ha ocurrido en Honduras un caso curioso. Rogelio Martínez Molina asegura que el escritor hondureño don Froilán Turcios compraba y hacía aparecer como suyas producciones del insigne poeta, también hondureño, Juan Ramón Molina. Rogelio Martínez, que se dice hijo de éste, ha publicado sobre el particular un violento artículo que reproduce la prensa de la América del Sur y que ha producido sensación extraordinaria en los círculos literarios de Honduras. El bien conocido y

elegante escritor don Augusto C. Coello, residente entre nosotros, desmiente con energía la audaz aseveración del supuesto hijo de Molina, pues «Turcios, dice, no se ha vestido nunca con ropaje prestado, cualquiera que sea la opinión que se tenga de su labor literaria». Desde luego, consideramos decisivo el dictamen del señor Coello sobre el particular, como que, por su condición de hondureño, él conoce bien todas las intimidades de la vida en su tierra natal. Nosotros, por nuestra parte, podemos decir también que hemos conocido de cerca a Turcios, quien fué nuestro huésped por varios días, hace cosa de quince años, y que más de una vez vimos fluir por entre los puntos de su pluma la prosa y el verso que triunfalmente han recorrido después las columnas de la prensa suramericana. La producción literaria de Juan Ramón Molina y la de Turcios difieren de tal modo, además, en cuanto a carácter y entonación, que ningún criterio medianamente esclarecido podría tomar una por otra con algún fundamento. Demos, pues, a cada uno lo que es suyo.

Renovación

Esta importante revista, que cuenta ya—caso raro entre nosotros—tres años de existencia, ha pasado a ser negocio de la empresa editorial, recientemente establecida en San José, Falcó, Zeledón y Cía. *Renovación* representa en nuestro país la libertad del pensamiento en su forma más amplia y cabal: en esas columnas sin miedo han desplegado sus colores encendidos las teorías más radicales, llevando a las inteligencias inconformes con lo presente—pudridero de iniquidades—la visión lejana, pero consoladora, porque ha de ser realidad, de tiempos mejores,—de tiempos en que inteligencia y acción, libres de todo yugo, han de alcanzar la plenitud de sus movimientos,—fuente soberana de toda vida. *Renovación* estuvo últimamente a cargo del sabio profesor don Elías Jiménez Rojas, [que constantemente difundió en ella elevadas ense-

ñanzas. No ha de variar de rumbo *Renovación* en manos de sus nuevos poseedores, quienes, según anuncian en número reciente, la dedicarán también a la crítica científica y literaria. *Renovación* será así un elemento más de cultura para los propietarios de *Lectura Barata*.

En Guatemala.—Crónicas

Con este título ha publicado recientemente en Guatemala un interesante opúsculo el escritor centroamericano don Antonio Barquero. Es una colección de artículos destinados a dar a conocer brevemente los progresos de Guatemala. Realmente, les viene bien, por su brevedad, el nombre de *Crónicas* que el autor les ha dado; pero, así y todo, esos artículos, compuestos en galana prosa, además, hacen desfilante nuestros ojos las obras magníficas que la mano diligente del progreso ha realizado en la pujante república hermana. El opúsculo del señor Barquero, cuya lectura recomendamos a nuestros lectores, contiene los siguientes capítulos, o crónicas, como él los llama: *Al llegar; La capital; La marimba; Fiestas de Minerva; Edificios; Administración; Agricultura en Guatemala; En el cementerio; Lorenzo Montúfar; Muertos ilustres; Periodismo; Intelectualidad guatemalteca; En un jardín; Los parques; Mujeres, flores y frutas; La Reforma; En la calle; Juan Diéguez; El 15 de setiembre; Manuel Valle; Templos católicos; Emigrantes; Antigua Guatemala; Conclusión*. Acompañan el folleto numerosos grabados de monumentos y lugares, dignos de admiración.

Literatura centroamericana

Nos proponemos publicar en las columnas de esta revista las producciones de aquellos autores centroamericanos que, por el deficiente intercambio intelectual que entre los países del Istmo existe desgraciadamente, o no son conocidos de nuestro público, o no son apreciados lo suficiente, en re-

lación con sus méritos, por la escasa documentación literaria que respecto de ellos se ha tenido entre nosotros. A esa finalidad obedece la inserción, hecha en este número, del brillante artículo *Neurastenia*, debido a la pluma del exquisito prosador guatemalteco José Rodríguez Cerna, de quien pronto circulará un volumen con el título de *Libro de las Crónicas*. Rodríguez Cerna es un joven de 32 años, de una elevadísima cultura mental y de un amplio y vigoroso espíritu artístico. Actualmente desempeña el importante puesto de Oficial Mayor de la Oficina Internacional Centroamericana; pero, de otro lado, es, sin disputa, uno de los generales jóvenes de las letras de esta sección del continente, que ha conquistado sus estrellas gloriosas en buena lid de alto pensador y de fino esteta. Cuando su *Libro de las Crónicas* llegue a nuestro poder, hablaremos del arte de Rodríguez Cerna extensamente.

Contrastes significativos

El 15 de setiembre del año pasado dió el Ateneo de Costa Rica una gran velada en el Teatro Nacional a fin de reunir fondos para preparar, hasta donde fuera posible, los festejos con que debía celebrarse el centenario de don Juan Rafael Mora. Tomaron parte en ella, gratuitamente, los artistas más renombrados del país; los artistas auxiliares se hicieron pagar su concurso, como si se hubiese tratado de una fiesta de especulación. La concurrencia fué escasa, y el festival, deducidos los gastos, sólo produjo ₡ 131-00, a beneficio del objeto patriótico con que se había organizado. El 14 de este mes se dió, también en el Nacional, una velada cuyo producto debía destinarse al fondo de aviación, para regalarle un aeroplano a Mr. Tercé. Todos los artistas, principales y secundarios, prestaron sus servicios *gratia et amore*. El festival se dió con un lleno completo y produjo, libre de polvo y paja, ₡ 442-00.